

TEXTOS

JEAN PAUL SARTRE (1905-1980)

EL SER Y LA NADA



Capítulo II

LA MALA FE

I. Mala fe y mentira

El ser humano no es solamente el ser por el cual se desvelan negativas en el mundo; es también aquel que puede tomar actitudes negativas respecto de sí. En nuestra introducción, definimos la conciencia como un ser para el cual en su ser está en cuestión su ser en tanto que este ser implica un ser diferente de él mismo.

Pero, después de la elucidación de la conducta interrogativa, sabemos ahora que esa fórmula puede escribirse también: La conciencia es un ser que incluye ser conciencia de la nada de su ser. En la prohibición o el veto, por ejemplo, el ser humano niega una trascendencia futura. Pero esta negación no es verificativa. Mi conciencia no se limita a encarar una negatividad; se constituye ella misma, en su carne, como nihilización de una posibilidad que otra realidad humana proyecta como su posibilidad. Para lo cual, ella debe surgir en el mundo como un NO, y, en efecto, como un No capta primeramente el esclavo a su amo, o el prisionero que intenta evadirse al centinela que lo vigila. Hasta hay hombres (guardianes, vigilantes, carceleros, etc.) cuya realidad social es únicamente la del No, que vivirán y morirán sin haber sido jamás otra cosa que un No sobre la tierra. Otros, por llevar el No en su subjetividad misma se constituyen igualmente, en tanto que persona humana, en negación perpetua: el sentido y la

función de lo que Scheler llama el hombre de resentimiento es el No. Pero existen conductas más sutiles, cuya descripción nos introduciría más hondo en la intimidad de la conciencia: la ironía está entre ellas. En la ironía, el hombre aniquila, en la unidad de un mismo acto, aquello mismo que pone; hace creer para no ser creído, afirma para negar y niega para afirmar; crea un objeto positivo, pero que no tiene más ser que su nada. Así, las actitudes de negación respecto de sí permiten formular una nueva pregunta: ¿Que ha de ser el hombre en su ser, para que le sea posible negarse?

Pero no se trata de tomar en su universalidad la actitud de negación de sí. Las conductas que pueden incluirse en este rotulo son demasiado diversas, y correríamos el riesgo de no retener de ellas sino la forma abstracta. Conviene escoger y examinar una actitud determinada que, a la vez, sea esencial a la realidad humana y tal que la conciencia, en lugar de dirigir su negación hacia afuera, la vuelva hacia sí misma. Esta actitud nos ha parecido que debía ser la mala fe. A menudo se la asimila a la mentira. Se dice indiferentemente a una persona que da pruebas de mala fe o que se miente a sí misma. Aceptaremos que la mala fe sea mentirse a sí mismo, a condición de distinguir inmediatamente el mentirse a sí mismo de la mentira a secas. Se admitirá que la mentira es una actitud negativa. Pero esta negación no recae sobre la conciencia misma, no apunta sino a lo trascendente. La esencia de la mentira implica, en efecto, que el mentiroso este completamente al corriente de la verdad que oculta. No se miente sobre lo que se ignora; no se miente cuando se difunde un error de que uno mismo es víctima; no miente el que se equivoca. El ideal del mentiroso sería, pues, una conciencia cínica, que afirmara en sí la verdad negándola en sus palabras y negando para sí misma esta negación. Pero esta doble actitud negativa recae sobre algo trascendente: el hecho enunciado es trascendente, ya que no existe, y la primera negación recae sobre una verdad, es decir, sobre un tipo particular de trascendencia. En cuanto a la negación íntima que operó correlativamente a la afirmación para mí de la verdad, recae sobre palabras, es decir, sobre un acaecimiento del mundo. Además, la disposición íntima del mentiroso es positiva, podría ser objeto de un juicio afirmativo: el mentiroso tiene la intención de engañar y no trata de disimularse esta intención ni de enmascarar la translucidez de la conciencia; al contrario, a ella se refiere cuando se trata de decidir conductas secundarias; ella ejerce explícitamente un control regulador sobre todas las actitudes. En cuanto la intención fingida de decir la verdad (No quisiera engañarle a usted, es verdad, lo juro, etc.), sin

duda es objeto de una negación íntima, pero tampoco es reconocida por el mentiroso como su intención. Es fingida, aparentada, es la intención del personaje que él representa a los ojos de su interlocutor; pero ese personaje, precisamente porque no es, es un trascendente. Así, la mentira no pone en juego la intraestructura de la conciencia presente; todas las negaciones que la constituyen recaen sobre objetos que, por ese hecho, son expulsados de la conciencia; no requiere, pues, fundamento ontológico especial, y las explicaciones que requiere la existencia de la negación en general son válidas tal cual en el caso del engaño a otro.

Hasta aquí, hemos definido la mentira ideal; sin duda, ocurre harto a menudo que el mentiroso sea más o menos víctima de su mentira, que se persuada de ella a medias: pero estas formas corrientes y vulgares de la mentira son también aspectos bastardeados de ella, representan situaciones intermedias entre la mentira y la mala fe. La mentira es una conducta de trascendencia.

Porque la mentira es un fenómeno normal de lo que Heidegger llama *mit-sein*. Supone mi existencia, la existencia del otro, mi existencia para el otro y la existencia de otro para mí. Así, no hay dificultad alguna en concebir que el mentiroso deba hacer con toda lucidez el proyecto de la mentira y que deba poseer una entera comprensión de la mentira y de la verdad que altera. Basta que una opacidad de principio enmascare sus intenciones al otro, basta que el otro pueda tomar la mentira por verdad. Por la mentira, la conciencia afirma que existe por naturaleza como oculta al prójimo; utiliza en provecho propio la dualidad ontológica del yo y del yo del prójimo.

No puede ser lo mismo en el caso de la mala fe, si esta, como hemos dicho, es en efecto mentirse a sí mismo. Por cierto, para quien practica la mala fe, se trata de enmascarar una verdad desagradable o de presentar como verdad un error agradable. La mala fe tiene, pues, en apariencia, la estructura de la mentira.

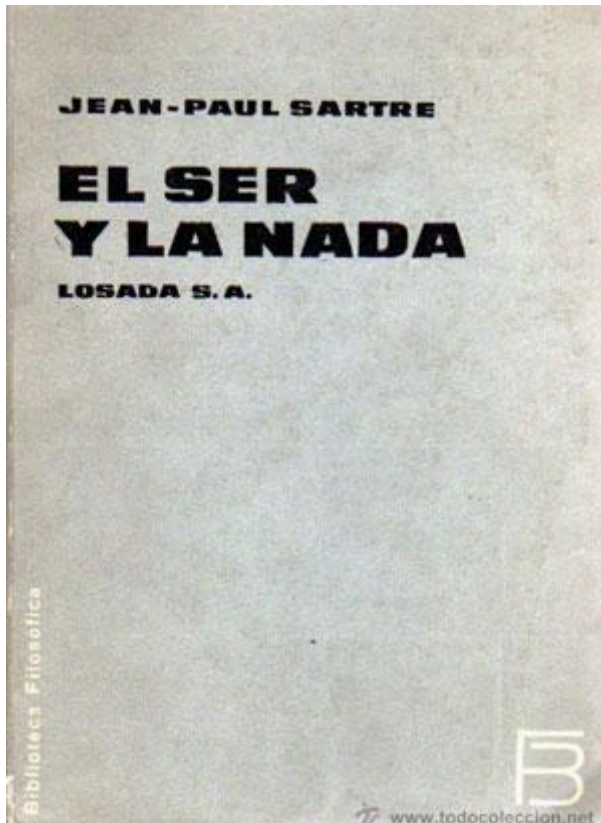
Solo que -y esto lo cambia todo- en la mala fe yo mismo me enmascaro la verdad. Así, la dualidad del engañador y del engañado no existe en este caso. La mala fe implica por esencia la unidad de una conciencia.

Esto no significa que no pueda estar condicionada por el *mit-sein*, como, por lo demás, todos los fenómenos de la realidad humana; pero el *mit-sein* no puede sino solicitar la mala fe presentándose como una situación que la mala fe permite trascender; la mala fe no viene de fuera a la realidad humana. Uno no padece su mala fe, no está

uno infectado por ella: no es un estado, sino que la conciencia se afecta a si misma de mala fe.

Son necesarios una intención primera y un proyecto de mala fe; este proyecto implica una comprensión de la mala fe como tal, y una captación prereflexiva (de) la conciencia como realizándose de mala fe; se sigue, primeramente, que aquel a quien se miente y aquel que miente son una sola y misma persona, lo que significa que yo, en tanto que engañador, debo saber la verdad que me es enmascarada en tanto que engañado. Es más: debo saber muy precisamente esta verdad para ocultármela mas cuidadosamente; y esto no en dos momentos diferentes de la temporalidad -lo que permitiría, en rigor, restablecer una apariencia de dualidad-, sino en la estructura unitaria de un mismo proyecto. Como, pues, puede subsistir la mentira si es suprimida la dualidad que la condiciona? A esta dificultad se agrega otra que deriva de la total translucidez de la conciencia. Aquel que se afecta de mala fe debe tener conciencia (de) su mala fe, ya que el ser de la conciencia es conciencia de ser. Parece, pues, que debo ser de buena fe, por lo menos en el hecho de que soy consciente de mi mala fe. Pero entonces todo este sistema psíquico se aniquila. Se admitirá, en efecto, que, si trato deliberada y cínicamente de mentirme, fracaso completamente en tal empresa: la mentira retrocede y se desmorona ante la mirada, queda arruinada, por demás, por la conciencia misma de mentirme que se constituye implacablemente más acá de mi proyecto, como su condición misma. Se trata de un fenómeno evanescente, que no existe sino en su propia distinción y por ella. Por cierto, estos fenómenos son frecuentes y veremos que hay, en efecto, una evanescencia de la mala fe: es evidente que esta oscila perpetuamente entre la buena fe y el cinismo. Empero, si bien la existencia de la mala fe es harto precaria, si es cierto que pertenece a ese género de estructuras psíquicas que podrían llamarse meta estables, no por ello presenta menos una forma autónoma y duradera, hasta puede, ser el aspecto normal de la vida para gran número de personas. Se puede vivir en la mala fe, lo cual no quiere decir que no se tengan bruscos despertares de cinismo o de buena fe, pero si implica un estilo de vida constante y particular. Nuestra perplejidad parece, pues, extrema, ya que no podemos ni rechazar ni comprender la mala fe.

INTRODUCCIÓN



EL PERÍODO EXISTENCIALISTA DE LA FILOSOFÍA DE SARTRE

En su obra *El ser y la nada* (1943) mantiene y continua muchos aspectos de la anterior problemática fenomenológica, como veremos, pero con un nuevo enfoque todavía más marcado hacia los temas y problemas típicamente existenciales.

En esta obra se exponen inicialmente los dos tipos de realidad o ser (de ahí que esta obra sea, como reza su subtítulo, una ontología fenomenológica, es decir, una concepción de la realidad que toma como punto de partida el método fenomenológico): el ser-para-sí (*l'être-pour-soi*) y el ser-en-sí (*l'être-en-soi*). El primero es el hombre y el segundo es el mundo.

Tal y como había descrito en su novela *La náusea*, el ser-en-sí, la objetividad, el mundo es *opaco* y *macizo*.

- El ser-en-sí (el mundo) es una realidad completa y sin fisuras, es plena facticidad y positividad, no envuelve en sí mismo significado alguno, es un puro vacío de sentido, no manifiesta negación ni contradicción alguna, es identidad permanente y presencia ciega, el ser-en-sí es increado y ajeno a la idea de temporalidad y finitud. Es, por tanto *el ser que es lo que es* y ahí agota su invencible opacidad de muro impenetrable.

- El ser-para-sí (el hombre) es la conciencia intencional, ámbito en el que se manifiesta el ser del mundo. Se trata, en primer lugar de una conciencia escindida o separada que conforma la dualidad entre el hombre como subjetividad (conciencia intencional) y objetividad (el hombre como un objeto más del mundo al que dirige la conciencia su reflexión).

La conciencia es distancia, separación o escisión interior respecto: como conciencia intencional en fuga permanente hacia el mundo y conciencia de sí misma (subjetividad, pensamiento, hombre) como objeto más del mundo. Como afirma Sartre, el ser de la conciencia consiste en el desdoblamiento del ser-para-sí en conciencia (intencionalidad) y pensamiento de sí mismo (existencia, hombre).

La conciencia es el lugar donde el mundo adquiere sentido. Las ilimitadas formas de intencionalidad, incluida la reflexión sobre el pensamiento, confieren un sentido al mundo y al hombre como parte del mundo que en sí mismos no tienen. Esta transferencia de sentido la realiza la conciencia en todos los casos, incluida la reflexión interior, negando o aniquilando el carácter opaco e impenetrable del mundo y posibilitando la aparición de la nada. La propia nada penetra en el mundo como una forma de sentido que otorga la conciencia al mundo, el cual *es en sí mismo* ajeno a esta noción. *El hombre es el ser por el que la nada viene al mundo.*

La conciencia es, para Sartre, una realidad escindida entre intencionalidad y pensamiento, una estructura abierta, un mero proyecto, indeterminación frente al mundo del cual forma parte... Este es el punto exacto del contacto de la fenomenología con el existencialismo... Para la conciencia el ser-para-sí, el hombre, es existencia individual en el mundo, subjetividad originaria e

irreductible frente a la realidad compacta del ser-en-sí. La libertad, dice Sartre, es una fisura en el seno compacto del ser... La libertad no es una categoría moral sino la estructura constitutiva, esencial del ser-para-sí.

La conciencia, que forma parte del mundo, siendo esencialmente diferente de él, no tiene los atributos compactos y necesarios del mundo y por lo tanto es absolutamente libre. Las cosas son lo que son, facticidad sin fisuras; la conciencia, por el contrario, no es nada, está vacía de ser pleno, es posibilidad, es libertad y proyecto (deseo, elección, expectativas, decisiones).

Mediante su libertad de proyectar, la conciencia ve las cosas del mundo como realidades incompletas, contingentes y efímeras, es decir, penetradas o atravesadas por la nada, esa nada que surge de las posibilidades ilimitadas que aun no se han realizado. La nada no es una propiedad del ser-en-sí, que es pleno y sin fisuras, sino el resultado de la intención o fuga permanente de la conciencia hacia el ser o las cosas del mundo. Es, por tanto, la conciencia del hombre la que introduce la nada en el ser. La conciencia es nada, es decir, libertad y proyecto que hace al hombre estar condenado a existir más allá de toda realidad absoluta (Dios) o plena (el mundo). Cualquier proyecto elegido por el hombre está necesariamente desprovisto de garantías y es modificable en todo momento: en este vagar permanente de la conciencia finita y cambiante se funda el proceso de “nadificación” de la conciencia y la angustia entendida como el único modo de existir del hombre.

El hombre está obligado a hacerse, no tiene alternativa, está *condenado a ser libre*. El ser constitutivo del hombre es ese *hacerse a sí mismo*. Por ello nadie llega a ser *nada* que no haya elegido ser. No valen las excusas, recurrir a ellas es lo que Sartre, en esta obra, llama “mala fe” (*mauvaise foi*), que consiste en presentar lo ocurrido como inevitable y necesario. Es el refugio ético en los distintos determinismos (psicológico, sociológico, teológico, fisiológico...). En realidad, siempre queda una opción, aunque no sea más que el suicidio.

Sin embargo, la libertad absoluta del hombre se hace presente en un cuerpo y se manifiesta en el mundo de los objetos, sometidos a la rígida determinación causal... Mi biografía, mi pasado, mi dotación genética, mi entorno social parecen pesar decisivamente en la determinación de mis decisiones. Sartre, a pesar de todos estos datos y condicionantes, piensa que *nada* de todo esto puede ser causa de lo que yo decida y haga actualmente o en el futuro. El otorgamiento de sentido que la conciencia traslada a los hechos del mundo (biográficos, genéticos, fisiológicos, psicológicos, sociales, históricos...), es prioritario absolutamente sobre la influencia causal de estos hechos (en realidad marginal para Sartre) en las decisiones de la vida humana. Por ejemplo, es posible que, desde un punto de vista psicológico, el sujeto actúe siempre movido por el motivo más fuerte, pero los motivos son más fuertes en cuanto que yo los hago más fuertes previamente mediante una transferencia u otorgamiento intencional de sentido.

A causa de su libertad constitutiva, el hombre se da a sí mismo su proyecto y puede elegir otro alternativo cuando quiera. Ahora bien, el mundo, el ser-en-sí de las cosas externas, carece de sentido y, por tanto de valores, las cosas son gratuitas y absurdas, por lo que el hombre no puede elegir tomando como referencia una escala de valores previa, objetiva o "natural", que está ahí dada o presente. El mundo es pura facticidad y el hombre *es el ser por el cual existen todos los valores*.

La elección no sólo es inevitable sino también arbitraria porque todos los valores tienen el mismo valor moral (otra cosa, por ejemplo, es que todos tengan la misma eficacia o funcionalidad social). En sí mismo, *el hombre es una pasión inútil*; asimismo, la experiencia metafísica de esta libertad basada en el sinsentido, en la nada, es *la angustia*.

Ahora bien, el hombre no se reconoce a sí mismo como libre si no es a través de los demás, del otro. La libertad es siempre entendida por el hombre como confrontación de libertades o conciencias. La libertad del otros se manifiesta como presencia y otorgamiento de sentido al mundo frente a nuestra conciencia. La libertad del otro debilita, oculta y finalmente suprime mi propia libertad de otorgar sentido propio al mundo.

Es como si, dice Sartre, el mundo tuviese una suerte de rejilla de desagüe en medio de su ser y esa rejilla es el otro.

En su relación con los otros, el hombre busca siempre imponer su deseo y su proyecto. Por ello las relaciones humanas son siempre conflictivas y condenadas al fracaso, tanto las de amor como las de odio. Amar es intentar dominar la voluntad del otro. Odiar es reconocer la libertad del otro como opuesta a la propia y tratar de anularla. El amor conduce al fracaso, porque sólo se logra la posesión del otro siendo uno a su vez poseído por él. Y el odio también conduce al fracaso, porque se expresión extrema, el homicidio, degrada al homicida a asesino. No podemos vivir sin relaciones humanas y no podemos evitar que éstas sean conflictivas y ambivalentes.

El enfrentamiento de las conciencias por imponer su libertad al otro es la esencia de las relaciones interpersonales. *El conflicto constituye el sentido originario del ser para otros.*

Desde esta perspectiva no debe extrañarnos que Sartre termine su obra de teatro *A puerta cerrada* afirmando que *el infierno son los otros*.

En su obra, escrita a partir de una conferencia de 1946, *El existencialismo es un humanismo*, resume o sintetiza muchas de las ideas expresadas en *El ser y la nada*, pero desde una perspectiva menos radical y pesimista para la existencia humana.

Sartre toma como punto de partida la aceptación del ateísmo, la posición teológica que consiste en creer simplemente o en demostrar racionalmente que Dios no existe. En el primer caso, se trata de un ateísmo práctico, el cual se sitúa al margen de la existencia de Dios, sin plantearse teóricamente el problema de su existencia. En el segundo caso, se intenta racionalizar el sinsentido o absurdo de aceptar la existencia de Dios. Como el propio Sartre, muchos de los grandes filósofos han sido racionalmente ateos, como Marx (1818-1883), Nietzsche (1844-1900), Freud (1856-1939) o Sartre (1905-1980).

Es correcto afirmar que el desarrollo de la filosofía e ideología existencialista, como el propio autor propone, *no es más que un esfuerzo por sacar todas las consecuencias de una posición atea coherente*. Tales supuestos estaban ya presentes en su novela *La náusea*.

La primera consecuencia de la negación de la existencia de Dios es la eliminación de todo naturalismo antropológico (existe una naturaleza o condición humana universal) y también de cualquier forma de esencialismo ético (existen principios morales inmutables y permanentes).

Si Dios existe, al menos hay un ser cuya existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido, por ningún concepto, y este ser es el hombre. *No hay naturaleza humana porque no hay Dios que la conciba*. Hay que recordar, tal y como hemos estudiado en las unidades anteriores, que para la filosofía griega, la teología cristiana medieval, la antropología renacentista o la concepción racionalista o empirista del hombre... hay una naturaleza o condición humana verdadera y única. Estas concepciones filosóficas proponían y fundamentaban, en función de su particular visión de la naturaleza humana, los fines y tendencias, los deseos y aspiraciones, los derechos y deberes, los valores y normas sobre lo justo o injusto que tenían que orientar la conducta humana. Esa supuesta naturaleza humana era el marco de referencia para todas las dimensiones prácticas de la razón y la vida.

Ahora bien, para el existencialismo, una adecuada comprensión del hombre y del mundo exige descartar las explicaciones basadas en las esencias generales, y centrarse en las existencias concretas. La categoría de existencia es la única que permite realizar un análisis certero sobre el hombre y el mundo: la existencia precede a la esencia.

El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declara que si Dios no existe, hay un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto y que este ser es el ser humano o como dice Heidegger, la realidad humana.

¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el ser humano empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define. El ser humano, tal y como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Sólo será después y será tal y como se haya hecho. Así pues, no hay naturaleza (esencia) humana porque no hay dios para concebirla.

Según Sartre, el hombre es constitutivamente un ser libre. La conocida frase *la existencia precede a la esencia* significa que no hay ningún elemento identificador, ninguna propiedad definitoria que nos permita comprender qué es la naturaleza humana.

La antropología filosófica se enfrenta sin solución posible con la realidad original (cada hombre es diferente) e irreductible (no se puede explicar mediante otra instancia o realidad superior) de la existencia. El hombre es meramente *un proyecto* subjetivo abierto, una existencia por hacer, sin que podamos avanzar un paso más en los atributos o naturaleza del hombre. El yo, la subjetividad absoluta es anterior a cualquier consideración antropológica (¿Qué es el hombre?) o ética (¿Qué debo hacer?). Esas consideraciones sobre el hombre o la moralidad son posteriores a la existencia y forman parte de un proyecto existencial (individual) inevitablemente en curso.

La existencia del hombre es pura indeterminación, *nadificación*, sin nada que le oriente previamente o con anterioridad a su existencia. Se trata de una libertad puramente formal o abierta a cualquier contenido, en ningún caso determinada por valores, fines o intenciones previas; es una libertad en la que todo cabe como proyecto ético irrenunciable: *estamos condenados a ser libres*. No podemos no elegir nuestro proyecto. Aunque decidamos que otros, las normas sociales, los sabios, los preceptos religiosos, elijan por nosotros, estamos ya eligiendo un modo o proyecto de existencia.

Ese elegir ilusorio el no ser nosotros mismos es lo que Sartre llama la *mala fe*. La mala fe consiste en el vano intento de eludir la angustia de decidir por nosotros mismos, lo cual tenemos que hacer en cualquier caso. Lo contrario de la *mala fe* como proyecto inicial, es la *autenticidad* que consiste simplemente en asumir como autoconciencia la carga insoslayable de nuestra libertad.

A partir de la condena original que supone la libertad vacía, sin referencia ontológica (el mundo como tal es facticidad y opacidad impenetrable), ideológica (incluida la idea de Dios) o axiológica (valores éticos), la existencia, una formalidad vacía, intenta construir su esencia como proyecto individual sin que en ningún caso podamos renunciar a ese quehacer anonadante y angustioso que es crear y asumir nuestros valores y normas morales. Para Sartre, el hombre carece de una esencia previa que determine o condicione a priori o de antemano su existencia.

El hombre primero existe, se encuentra, surge en el mundo y después se define. El hombre, tal como lo concibe el existencialismo, si no es definible, es que no es nada. Sólo será después y será lo que se haya hecho a sí mismo.

Lo característico de la existencia humana es la ausencia de una naturaleza o condición propia que le condicione sus valores éticos, que le asigne un modelo preestablecido de conducta o le provea de una finalidad o un quehacer específico. *El hombre es lo que quiere ser, el hombre es lo que se hace. Este es el primer principio del existencialismo.* El hombre está condenado a ser libre sin descanso. De esta libertad constitutiva se derivan varias consecuencias antropológicas, por ejemplo la autoconciencia y la responsabilidad ante el modo propio de existir que el sujeto va adquiriendo a lo largo de su vida.

La libertad pura y dura resulta una penosa carga para el sujeto debido a que hay que saber en todo momento qué hacer con ella. El existir consciente y responsable, al carecer de referencias previas en las que anclar sus reflexiones y decisiones únicas, genera inseguridad, indecisión, miedo y, finalmente, angustia ante la vida o angustia vital.

Puede suceder que ante la inseguridad, indecisión, miedo y angustia que produce la pura libertad personal e intransferible de elegir, el sujeto busque refugio en el intento ilusorio de engañarse a sí mismo eludiendo la libertad constitutiva y descargando la responsabilidad sobre algo ajeno, ya sea Dios, las normas sociales de la cultura en que actúa o los principios y normas morales de algún código externo. A esta deserción de la libertad existencial Sartre la denomina *mala fe*. La mala fe consiste en intentar evadirnos del ejercicio de nuestra libertad o pretender evitarla mediante condicionamientos ficticios

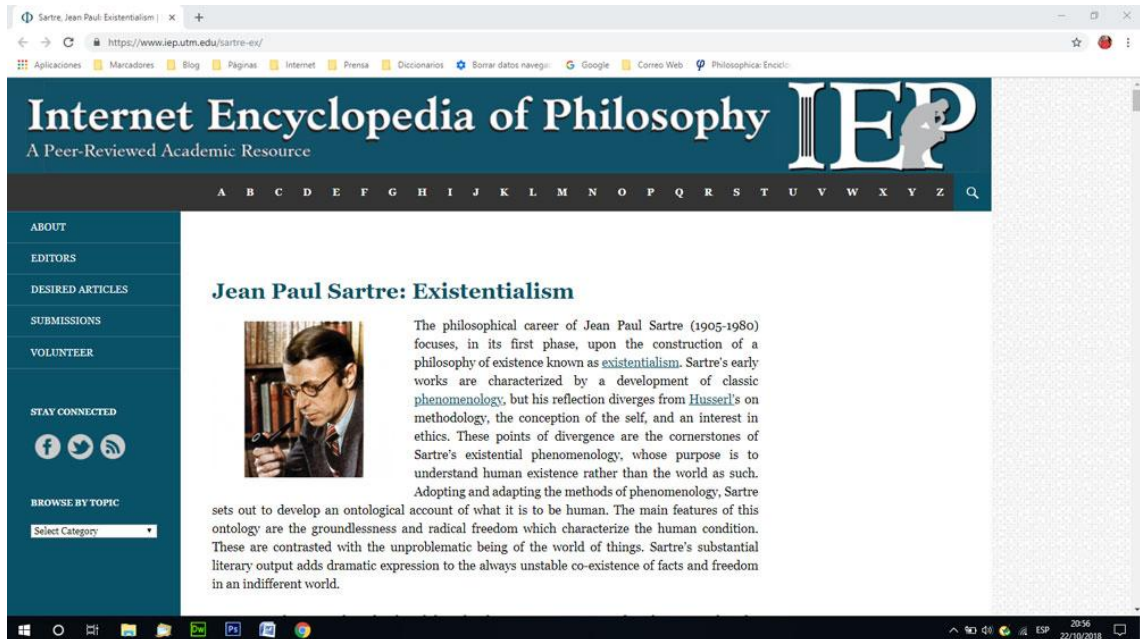
o determinismos naturalistas (“el hombre es así”) o esencialistas “hay normas de conducta universales y necesarias”). La mala fe es una farsa existencial con la que pretendemos justificar nuestra renuncia, por lo demás imposible, a la libertad individual. Una ficción antropológica y moral mediante la cual rechazamos asumir nuestro proyecto vital.

El destino del hombre es, en todo caso, crearse a sí mismo a cada instante, elegir sus propios valores, y realizarse o hacerse (para bien o para mal) al hilo de la existencia. Su existencia individual debe entenderse como pura casualidad, indeterminación absoluta, proyecto siempre abierto y renovado cada día. En esto consiste la autenticidad de la existencia o la buena fe.

Una existencia auténtica sostiene su relación con el mundo en la aceptación de su libertad irrenunciable, de una libertad constantemente renovada en sus decisiones individuales, únicas e intransferibles... No se trata tampoco de “ser uno mismo”, de “ser lo que realmente soy”, porque esta pretensión recae nuevamente en la mala fe, en la cosificación del yo que se entiende esta vez como idéntico a sí mismo de acuerdo con una esencia personal inatrapable e imaginaria... Esta figura de la conciencia es, en el fondo, una forma artificiosa o sofisticada de esencialismo, una huida astuta pero fallida de la angustia vital. La autenticidad no dispone de otro itinerario que no sea aceptar la angustia que produce inevitablemente la autoconciencia y la responsabilidad de ser libres sin condiciones ni subterfugios.

Mala fe. Con esta conducta nos intentamos ocultar el hecho ineludible de nuestra libertad radical, el hecho de que lo que hacemos y lo que somos es siempre consecuencia de nuestra decisión intransferible. La conducta de mala fe es la conducta por la que nos engañamos y nos tratamos como cosas, como seres inertes y pasivos que no son dueños de sí mismos.

ENLACES



The screenshot shows a web browser displaying the Internet Encyclopedia of Philosophy (IEP) website. The page title is "Jean Paul Sartre: Existentialism". The main content area features a photograph of Jean-Paul Sartre on the left and a text block on the right. The text discusses his philosophical career, focusing on his development of existentialism and his divergence from Husserl's phenomenology. The text mentions that Sartre's work is characterized by a development of classic phenomenology, but his reflection diverges from Husserl's on methodology, the conception of the self, and an interest in ethics. It notes that Sartre's existential phenomenology aims to understand human existence rather than the world as such. The text also states that Sartre adopted and adapted the methods of phenomenology and sets out to develop an ontological account of what it is to be human. The main features of this ontology are the groundlessness and radical freedom which characterize the human condition. These are contrasted with the unproblematic being of the world of things. Sartre's substantial literary output adds dramatic expression to the always unstable co-existence of facts and freedom in an indifferent world.

[Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*](#)

<https://somosortografiayliteratura.blogspot.com/2016/12/descarga-gratis-10-libros-en-pdf-de.html>

[http://filosofiamaterialesyrecursos.es/14 Historia de la Filosofia Sartre.html](http://filosofiamaterialesyrecursos.es/14-Historia-de-la-Filosofia-Sartre.html)

<https://www.webdianoia.com/contemporanea/sartre/sartre.htm>

<https://www.britannica.com/biography/Jean-Paul-Sartre>

https://youtu.be/9ILS67A_eFk